

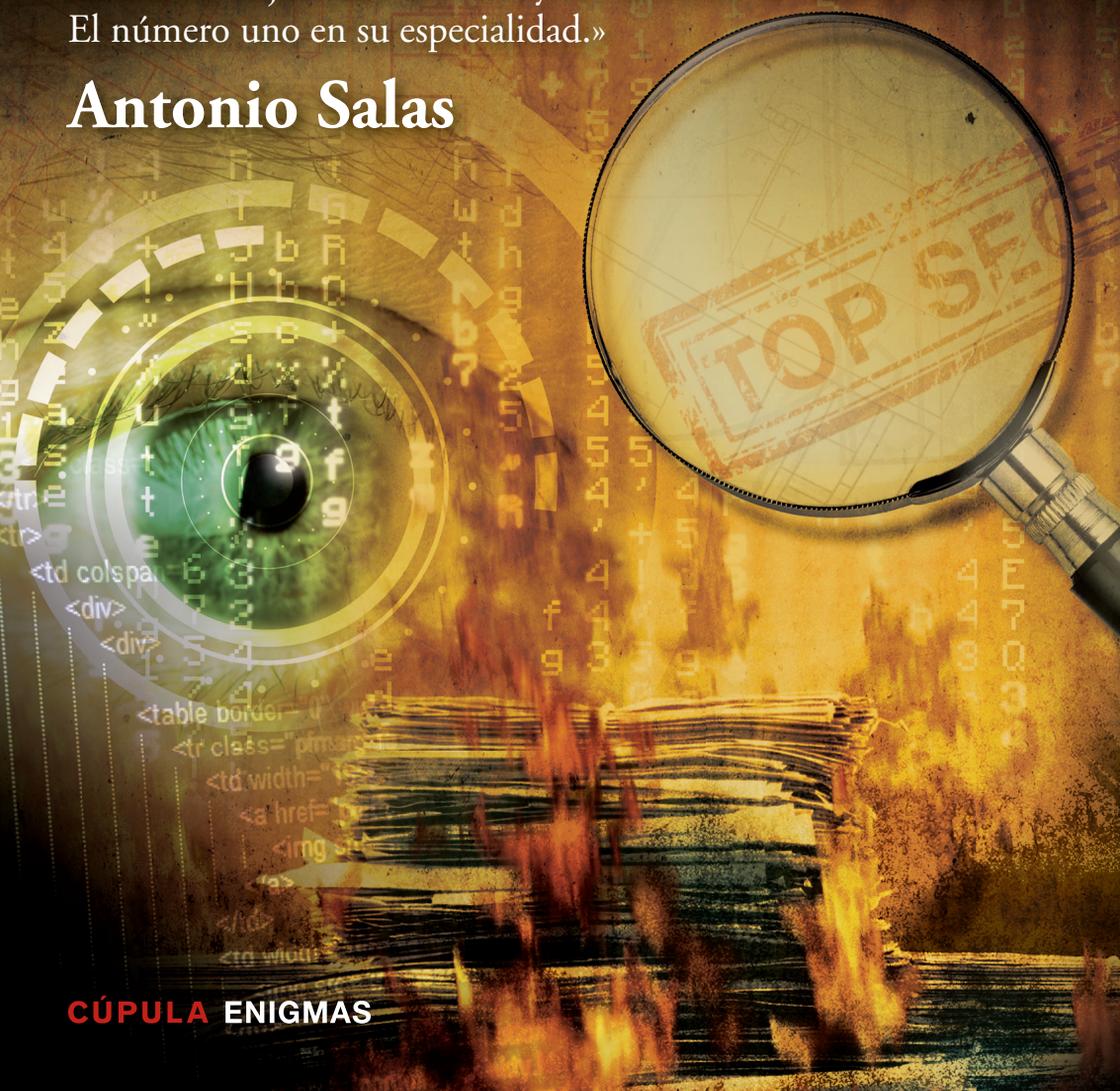
DAVID R. VIDAL

DIARIO DE UN

ESPÍA

«El agente Juan (David R. Vidal) fue mi mentor en *El año que trafiqué con mujeres* y *El palestino*. Durante años ha sido la mejor baza del CNI y los servicios de información. El número uno en su especialidad.»

Antonio Salas



CÚPULA ENIGMAS

DAVID R. VIDAL

**DIARIO DE UN
ESPÍA**

Prólogos de
Larry N. Holigield y Robert D. Steele Vivas

CÚPULA ENIGMAS

ÍNDICE

Prólogo	13
1. Islas Chafarinas, mayo de 2012	17
2. Bangkok, 1996	21
La gogó.	23
Intérprete	25
3. Captación	29
El coronel	34
Fuentes	37
Recolector de información	40
Yo, espía.	41
Reclutando	43
Despliegue	45
4. Primavera Árabe	47
Informadores en Marruecos	49
Islamismo radical	50
Canteras de integristas	53
Política y enclaves	55
Campañas anticristianas	56
Europa	57
Análisis	58
Obsesión yihadista	59
5. Lagos, 2001.	65
De abajo arriba	66

Nigeria	68
Boko Haram.	69
Acto primero	70
La cabra	73
Actuar o pagar	76
El conflicto de Malí.	78
In Amenas.	81
6. La crisis de los barcos negreros	85
Conakry	87
<i>Marine I</i>	90
No pasarán.	91
<i>Happy Day</i>	94
El reino de Hades	96
Prebendas	99
A quinientos el bebé	102
7. El diablo está en los detalles.	107
Desenganche.	107
Fuentes y fuentes.	109
Relaciones cordiales	112
La competencia.	114
Agentes de autoridad	116
Prisiones	117
Grupos de seguimiento y control.	120
Los informes de inteligencia como pruebas judiciales .	123
Desclasificación	123
8. Caballo de Troya.	127
Sobreinformación desinformativa	131
Ciberseguridad y ciberguerra	133
Después de Stuxnet.	136
Tirar un hueso	140
419.	141
Perder los papeles	147
Trampas	148
El caso Snowden.	149

Rolodex	152
Ojos que todo lo ven	154
9. Sin rastro	157
Si te he visto, no me acuerdo	158
Falsas apariencias	161
El rastro del dinero	164
Tapaderas	166
Vehículos	167
10. Un poco de acción	169
La esclava	169
Tráfico de personas y prostitución	176
Prostis	178
Sexo y vudú	181
Desde Rusia con amor	184
Matrimonios blancos	187
Espías extranjeros	188
El espía de su majestad... alauita	190
Crónicas galaicas	192
A la cárcel	195
El juicio	196
Moroccan Connection	197
Asunta Basterra	200
11. Estudios de inteligencia	203
Abrupto nacimiento de GlobalChase	205
La Jornada	207
El día después	210
Persistencia	212
12. Ex notitia victoria	213
La comunidad de inteligencia	214
Compartir o no compartir	216
SITEL	219
Creados para ser espíados	221
Detectives privados	224

Tráfico de datos	226
Del cromo al negocio	229
Periodismo e inteligencia.	230
La noticia	230
Fuentes	232
Stratfor: inteligencia privada.	234
Retos de la inteligencia privada.	239
Ética	241
13. Infiltrados	247
La infiltración más breve.	251
14. El arte del engaño	255
Ingeniería social	255
Sonsacar información	256
El falso médico	259
Operaciones D&D	261
Redes sociales.	262
Anexos	265
Epílogo	277

1

ISLAS CHAFARINAS, MAYO DE 2012

La mejor forma de predecir el futuro es inventarlo.

ALAN KAY

Decidí consultar el ordenador una vez más para ver si tenía algún correo, pues no tenía señales de uno de mis informadores de Marruecos desde hacía una semana.

Nada, ni rastro. Sin embargo, en las noticias de última hora vi algo interesante: una patera había llegado a las islas Chafarinas con seis inmigrantes a bordo. Era la primera vez que sucedía y los guardianes de la isla no sabían qué hacer, por lo que los trasladaron a Melilla en un helicóptero militar.

«Esto —me dije—, es cosa de Khalid» un marroquí cuarentón residente en Selouane y que tiene una casa familiar en Ras El Ma, más conocida como Cabo de Agua.

Mi hombre, cuyo nombre en clave era George, llevaba varios años a mi servicio obteniendo informaciones diversas en Marruecos, y me había comentado que iba a emplear sus ahorros para entrar en España. Me dijo también que iba a intentar una ruta pionera, una más segura.

Algo me decía que ambos hechos estaban relacionados, sobre todo porque Khalid rara vez tenía a sus *pasajeros* más de dos o tres días en las casas francas, y las fechas coincidían.

El veterano traficante tenía muchas cualidades, entre las que

destacaban su seriedad y su conocimiento de la costa. También era un buen nadador y no dudaba en ayudar a sus clientes cuando el mar se encrespaba. La estrategia, sin embargo, no se encontraba entre sus virtudes. Estaba claro que sus amigos, oficiales de la marina marroquí que vigilaban la zona, le tenían que haber indicado dónde y cuándo lanzar la embarcación. Más aún, alguien le tenía que haber explicado que si un inmigrante estaba en territorio español, aunque fuese en un peñón desértico donde sólo crecen los cardos, sólo tendría que pedir ayuda y alguien acudiría presto al rescate.

Mientras esperaba aquel correo que no acababa de llegar, seguí cavilando sobre el tema. «Chafarinas no es el único islote; hay bastantes por la zona y todos desprotegidos. Les han cogido en bragas y seguro que detrás de esta patera vienen más», reflexioné.

En cualquier caso, no era mi problema: el informador que tenía trabajando en Nador había sido trasladado a otra ciudad, bastante lejana, hacía ya meses, por lo que si sonaba el teléfono y preguntaban al respecto, les diría que la bola de cristal se había estropeado.

George reapareció una semana más tarde, confirmando mis sospechas. Estaba en Melilla, en el centro de estancia temporal de inmigrantes. Había dado un nombre falso —Mohamed— y decía ser originario de Malawi.

Aunque geográficamente seguía en África, técnicamente ya estaba en territorio español. En realidad ya lo estaba desde que pisó Chafarinas, pero no era lo mismo. Melilla es una ciudad muy cosmopolita en lo que respecta a la presencia de extranjeros. Algo así como Bruselas, pero sin tanto glamur.

Mohamed me relató los pormenores de su aventura. Él no conocía personalmente a Khalid, por lo que había optado por negociar con un traficante apodado Mr. Gambia (de origen evidente) que era uno de los proveedores de Khalid, en cuanto a subsaharianos interesados en sus servicios.

El viaje costaba nada menos que mil ochocientos euros, mucho dinero para ser apostado en una jugada tan arriesgada debido a la actividad de las patrulleras a ambos lados de la costa.

Pero Mohamed, que llevaba muchos años en el país, sabía lo que tenía que hacer para que los traficantes de seres humanos pusieran auténtico empeño en la tarea: acudir a un garante.

Su hombre, un marroquí que regentaba un comercio (una especie de locutorio-cibercafé) en el centro de la ciudad de Nador, muy cerca de un parque, no sólo ofrecía telefonía e Internet a los ilegales, sino que tenía un amplio catálogo de servicios, que iban desde la recepción de dinero procedente de Europa hasta hacer de intermediario en situaciones como la expuesta. En esencia, Mohamed le daba el dinero al comerciante y éste se lo guardaba, entregándoselo a Mr. Gambia una vez recibiese la alegre llamada de aquél desde el otro lado de la frontera.

El día anterior a su viaje, Mohamed aguardaba su destino en un túnel ferroviario que cruza Adrar, una ciudad cercana a Nador. Un hermano de Khalid lo recogió y se lo llevó a las afueras de Ras El Ma, ocultándolo, junto con otros, en una pequeña casa abandonada, situada a mano izquierda de la carretera que viene de Nador, poco después de una curva que deriva hacia Saïdia.

Llegado el día, se fueron caminando hacia la costa, cubriendo unos tres kilómetros de distancia sin demasiada prisa. La zona estaba poco habitada y por el camino apenas acertó a ver a un par de personas.

Alrededor de las dos de la tarde, ya estaban en la orilla. Un área muy rocosa y escarpada. A cierta distancia se podía divisar la isla que tenían que alcanzar. Infundía ánimo tener el objetivo aparentemente tan cercano. Khalid esperó a recibir la llamada de sus socios, quienes le dieron luz verde: las patrulleras estaban ocupadas más allá de Kariat.

Una hora más tarde ya pisaba tierra firme.

Las informaciones que George había proporcionado hasta ese momento les habían sido muy útiles al Centro Nacional de Inteligencia, al igual que lo fueron las de otros antes que él. Pero, en realidad, mi actividad recogiendo información había empezado mucho antes de relacionarme con el CNI.

BANGKOK, 1996

No sabía en cuál de las tres estaciones del año estaba, si en la que hacía calor, en la que hacía mucho calor o en la que todavía hacía mucho más calor, pero lo cierto era que resultaba insoportable. Nada más cruzar la puerta del hotel, la polución del aire y el calor de la calle indicaban que no era la mejor idea, pero el trabajo apremiaba.

Por distintas razones ya había viajado al país seis veces, pero ésta era especial. Necesitaba localizar a un importante falsificador. En aquellos momentos, Tailandia era la cuna de las falsificaciones de documentos oficiales —entre otras cosas—. Identificaciones, carnets de conducir, pasaportes, diplomas, carnets de prensa, etc., eran públicamente ofrecidos por vendedores callejeros, pero su calidad dejaba bastante que desear ya que carecían de cualquier medida de seguridad. Aun hoy día, por veinte o treinta euros es sencillo hacerse con la simpática tarjeta del FBI con «autorización para llevar armas» o la del agente especial de la DEA norteamericana.

Sin embargo, ocultas en la sombra había organizaciones que sí eran capaces de elaborar documentos que nada tenían que ver con los suvenires callejeros y cuyo grado de perfección podía confundir al más experto. También era posible encargar alteraciones o manipulaciones de documentos originales.

En el año 1996 yo todavía no era consciente de los numerosos y diversos usos que se les podían dar a los documentos falsos. Su trascendencia es enorme, y son utilizados por las bandas de delin-

cuentas (fraudes, tráfico de personas, armas, etc.), pero también por terroristas, sin olvidarnos de los servicios de inteligencia.

Un ejemplo ilustrativo de cómo el crimen no tiene fronteras trascendería una década más tarde, cuando en 2010 cayó una banda dedicada a robar pasaportes a turistas extranjeros en Cataluña —y también a españoles— para ser manipulados en Tailandia a gusto del comprador. Tras lo que parecía una actividad de poca monta se escondía una organización con ramificaciones que se extendían a otros países como Francia y Bélgica. Dos pakistaníes, *Tony Muhammad Athar* y *Zeeshan Eshan*, componentes clave de la banda, fueron arrestados en Bangkok en una operación que también se saldó con varios detenidos en nuestro país. Aunque la policía apuntaba que las identidades falsas caerían en manos de grupos terroristas relacionados con Al Qaeda —citaban a *Laskar-e-Taiba (LeT)* y a *Los Tigres para la Liberación de la Tierra Tamil (LTTE)*—, lo cierto es que tales evidencias nunca llegaron a confirmarse.

En cualquier caso, el uso que se le pudiera dar a las falsificaciones tampoco era asunto mío. Algo que siempre he tenido claro es que se debe tener muy bien definido el objetivo marcado e ir a por él. Dispersarse nunca es una buena idea.

Aquel caluroso día lo pasé hablando con gente y bebiendo cerveza, pero el caso es que siempre acababa recibiendo la misma respuesta: reunámonos a la caída del sol. Por lo menos era grato comprobar como hay costumbres que parecen universales y los tratos más sibilinos deben gozar del abrigo de la noche.

Había quedado con el contacto en un lugar de alterne de una zona de juerga y prostitución muy famosa de Bangkok, conocida como Sukhunvit. Resultó muy sorprendente constatar cómo cambiaba el panorama conforme uno se iba adentrando en las zonas turísticas, pasando de un ambiente de cierto estoicismo al desenfreno más absoluto, como si dos sociedades antagónicas conviviesen una al lado de otra.

Deambulaba en dirección a Sukhunvit dejando que transcurrieran las horas cuando me salió al paso un joven del lugar que, sin mediar presentación, entabló una afable conversación conmigo. No sé muy bien cómo me fue *camelando* pero al rato estaba-

mos tomando unas cervezas en un pub cercano, que resultó ser una especie de burdel bastante cutre. Sospechaba que mi afable interlocutor no era más que un gancho que atraía a los clientes a cambio de una comisión, pero la verdad es que con su simpática locuacidad me estaba haciendo pasar un momento de lo más entretenido.

Al poco aparecieron las mujeres como si fueran fantasmas. La verdad es que el burdel no gastaba mucho en bombillas y una espesa penumbra invadía el local. Decidí no hacerle un feo al improvisado amigo e invitar a una copa a una de las chicas, ya que todavía disponía de algo de tiempo.

El encargado me preguntó cuál me gustaba. Yo no tenía predilección alguna, pero ante su insistencia me tomé unos minutos para escudriñar en la oscuridad y a primera vista deduje que todas eran, como poco, abuelas. Las orientales siempre parecen jóvenes a los occidentales novatos, pero yo tenía muchos amigos tailandeses y mi experiencia me decía que aquello no tenía buen aspecto.

El encargado empezaba a impacientarse ante mi falta de decisión:

—¿No te gusta ninguna? —preguntaba reiteradamente.

—La verdad es que con tan poca luz apenas alcanzo a verlas —me disculpé.

El hombre hizo suya la amabilidad que caracteriza a los tailandeses y sacó de su bolsillo una linterna, iluminando una a una, de la cabeza a los pies —que no al revés—, a las chicas. No quedó más remedio que decidirse por una, aunque el proceso era un tanto bochornoso. Tras algunos minutos de charla insustancial mientras invitaba a un par de consumiciones, conseguí zafarme y salir del garito.

La gogó

A los pocos minutos llegué al gogo bar de Sukhunvit, una barra americana en todo su esplendor, elegante y con unas cincuenta chicas bailando en lo alto. No me dio tiempo ni a pedir una copa cuando apareció el contacto. Le expliqué que en España me habían dicho que era una persona muy próxima a los individuos

que buscaba. El hombre se lo pensó bastante mientras vaciaba su copa, pero decidió fiarse de mí. Al fin y al cabo yo era un *farang* (extranjero).

Ya tenía los datos de los falsificadores pero faltaba reunirme con ellos. Mi contacto, para mi sorpresa, me pidió que no mencionase su nombre, con lo que mi plan inicial de que pudiera acompañarme al encuentro se esfumó.

Mientras meditaba sobre el inconveniente del idioma —la mayoría de los tailandeses no saben hablar inglés—, los torsos que no paraban de contonearse ante mis ojos me dieron la respuesta. Una de las gogós seguramente serviría para el propósito y no pondría muchos reparos cuando le enseñase algunos billetes.

Por segunda vez en aquella noche llegaba el momento de elegir chica, aunque esta vez la iluminación no era un problema. Me pasé algunos momentos observándolas, intercambiando miradas y sonrisas, hasta que noté cierta empatía con una de ellas. No sé qué es lo que le hacía gracia de mi cara pálida, pero cada vez que levantaba una ceja se meaba de la risa. El lugar estaba bien organizado y cada mujer tenía un número pegado al body que vestía, por lo que no tuve dificultades a la hora de indicarle al camarero que la llamase.

Chaisee era muy simpática y congeniamos bastante bien. No me pareció oportuno abordar el asunto en el local, por lo que simplemente le pregunté si podía alquilarla por todo un día, a lo que respondió afirmativamente. Si no me falla la memoria, al cambio eran unos veinte euros, claro que ha llovido mucho desde entonces.

Una vez llegamos al hotel, le expliqué que no precisaba de sus servicios sexuales, sino que sólo quería que me acompañase a una reunión para hacer de intérprete. Puso cara rara, de no entender de qué iba el rollo. Yo veía que no me estaba prestando demasiada atención. Había algo que la estaba distrayendo y creía saber lo que era: le ofrecí la carta del hotel y sus ojos se iluminaron mientras esbozaba una gran sonrisa.

Tras la cena ya estaba mucho más receptiva —simpática siempre lo era—. Repetí la propuesta y le pareció bien, pero le seguía pareciendo muy extraño que no mantuviésemos relaciones.

—¿Acaso eres gay? —preguntaba mientras se reía.

—No es eso —le dije.

Puso una cara muy seria e insistió, entre enfadada y preocupada.

—¡No te parezco guapa!

Me estaba entrando sueño y la conversación parecía no tener fin. Me di cuenta de que no estaba comportándome como el típico *mafioso* envuelto en negocios turbios, y si mis verdaderos propósitos trascendían por una indiscreción de la chica, podría verme en problemas. Aparecer flotando boca abajo en el río Chao Phraya no formaba parte del plan, así que, teniendo en cuenta que la chica era muy atractiva, firmé mi rendición con un beso seguido de caricias sensuales. La verdad es que no me arrepentí y de forma involuntaria ese día tuve la ocasión de incrementar mis conocimientos en la materia.

Desafortunadamente la reunión con los falsificadores se aplazó un par de días, con lo que no tuve más remedio que devolver a la chica al club, con la promesa de llamarla nuevamente.

Un súbito cambio de planes dio al traste con mis previsiones. Los falsificadores me llamaron a primera hora de la mañana diciendo que querían verme esa misma tarde. El garito estaba cerrado y no tenía forma de contactar con Chaisee.

Salía del hotel cuando me encontré en la puerta a un par de atractivas chicas que ofrecían servicios turísticos. En seguida me hicieron una oferta para visitar la isla de Phuket. Pero yo más que un guía lo que necesitaba era un intérprete y seguramente podrían proporcionarme uno.

—¿Para qué? —inquirieron.

—Negocios —respondí.

—Sin problema —zanjaron.

Intérprete

Un par de horas más tarde llegó el intérprete, mejor dicho, la intérprete, Han. Era una chica de unos veinte años que hablaba perfectamente inglés e incluso sabía decir algunas palabras en espa-

ñol. Han no era tan atractiva como Chaisee pero tenía un toque de elegancia adicional. No es que Chaisee no vistiese de forma recatada, sino que se notaba su falta de sofisticación a poco que la tratases, pero era algo que compensaba con su frescura y naturalidad. Han era fría y distante, una mujer de pocas palabras.

Por fin se produjo el esperado encuentro. Les dije a los falsificadores que necesitaría alrededor de trescientos pasaportes de distintas nacionalidades y varios visados, además de otra serie de documentos de apoyo. No se sorprendieron ni pusieron inconvenientes. De hecho, me mostraron algunos de sus trabajos, que eran de una calidad excepcional. Por supuesto, no tenía la menor intención de adquirirlos, sólo pensaba hacer un informe sobre lo que se podía encontrar en el país.

Mientras hablaba, Han se limitaba a traducir sin que su cara mostrase la más mínima emoción. Le daba igual que hablásemos de asuntos ilegales o de cualquier otra cosa.

Durante una semana, fui a varios lugares acompañado de Han. Por las mañanas aprovechaba para visitar los lugares turísticos que nunca tenía tiempo de ver, mientras que por las tardes seguía entrevistándome con gente cuyos negocios no eran muy decentes. Observé con curiosidad que, en muchos de los lugares donde había que pagar, Han no sólo entraba gratis, sino que también le daban una comisión de mi entrada.

Tras varios días de trabajo, una tarde le pedí a Han que me llevase a un sitio ameno para distraerme. Un lugar que fuese algo menos artificial que lo que se veía en Sukhunvit. Tras un largo trayecto, llegamos a una especie de bar al aire libre con un pequeño escenario de madera. Para comer tenían pajaritos y saltamontes fritos, así como alguna otra cosa sin identificar. Creo que Han era algo perversa y quería ver mi cara de asco, pero se quedó con las ganas ya que me zampé cada plato que me sirvieron sin preguntar de dónde venían. Bueno, todos menos aquellos donde el picante rezumaba formando bolsas flotantes.

Al poco aparecieron unas niñas, posiblemente de entre catorce y dieciséis años, que ejecutaron algunos bailes y canciones locales sin demasiado arte. Me llamó la atención su vestimenta, que era ligeramente provocativa considerando los estándares locales.

—Puedo negociar para que te lleves una al hotel —me dijo Han.

Muy sorprendido le dije:

—¡Pero si son niñas! Ni siquiera les han crecido las tetas.

Se encogió de hombros, como dando por hecho que el sistema estaba montado así. Comprendí que Han me había malinterpretado cuando le dije que quería algo diferente. Le expliqué que no me refería a ningún rollo sexual sino a algún lugar donde disfrutar de un ambiente ameno, con música, pero sin pilinguis. Al menos el lugar era relajante y los saltamontes fritos estaban deliciosos.

Una vez finalizado el trabajo de recogida de datos, empleé un par de días para relajarme y disfrutar plenamente de la cultura local. Una costumbre muy saludable cuando se viaja a un país extranjero.

Llevaba varios días observando a Han y había llegado a la conclusión de que era simpática con todo el mundo menos conmigo. Supuse, con acierto, que era de esas personas que no mezclan el trabajo con el placer, por lo que esperé hasta que finalizaron sus servicios para hacerle una *proposición indecente*: pasar juntos el fin de semana.

Cuando se lo dije se sintió sorprendida y estuvo varios minutos sopesando mi ofrecimiento. Por un lado, estaba mal visto que los guías o intérpretes intimasen con sus clientes. Por el otro, aunque se había mostrado muy fría conmigo, lo cierto es que había pasado unos días bastante excitantes y tenía ganas de quitarse la máscara y dar rienda suelta a su curiosidad.

Al final, la curiosidad mató al gato (gata en este caso). Me contó sus experiencias y yo le conté mil y una anécdotas de mi trabajo y de cómo era la vida en Europa.

Más pronto que tarde, llega ese momento en el que se decide si amaneceremos juntos o por separado. En mi contra jugaba la costumbre de toda tailandesa que se considere decente, que aconseja varios meses de noviazgo antes de pasar a la acción. A mi favor, que Han estaba más cerca de las costumbres occidentales debido a su trabajo y contacto asiduo.

En el último minuto la diosa fortuna quiso que el romance se

alargara. Tuvimos que ir a su casa ya que los hoteles le estaban vedados. Si aparecía por allí iban a pensar que era una fulana.

Con Chaisee yo era el alumno, pero esta vez mi rol se invirtió. Como me imaginaba, Han no era nada promiscua y se sentía algo nerviosa, con ganas de apagar la luz. Hacerlo a oscuras no me hacía mucha gracia, así que opté por jugar con lo que hiciera falta. Se sintió un poco sorprendida cuando mis dedos acariciaron su delicada piel, pero poco a poco su excitación fue creciendo. Tras masajear ligeramente sus pezones, la libido se activó explosivamente y una vez encendida ya no había marcha atrás.

Una fotografía de Han es lo único que conservo, ya que poco después se mudó a Hong Kong y le perdí el rastro. El problema de viajar es que siempre llevas contigo una maleta cargada de nostalgia de la que es difícil desprenderse.

Desde que Internet existe, ya no suelo perder de vista a nadie.